

CANCIONERO DE LA RAZA



oy a hablar de la región española célebre entre las célebres; de la augusta Castilla. Todo un solemne estremecimiento nos invade al pronunciar su sagrado nombre, que a nosotros nos suena, eufónico, como ancestral invocación: ¡Castilla! Sobre su próspero suelo han acaecido, en el transcurso del tiempo, los hechos esenciales de la civilización y el esplendor de toda una raza. En su historia, esculpida con los monumentos máximos que producir pueden los ingenios soberanos de las letras, figuran las acciones heroicas, los sacrificios sublimes, las nobles realizaciones de patriotismo y de supremo ideal, dignas de ser diputadas como la ejecutoria más pristina de la nobleza espiritual de un pueblo.

¡Castilla! Desde la disposición que a su suelo dióle Natura, contextura que ya marca la reciedumbre espiritual de los que en ella habitaron, hasta el carácter heroico de sus moradores, que se echa de ver en ellos apenas venidos a la vida de la historia y la civilización como núcleo de nuestra nacionalidad; lo mismo contemplando soberana cruzada contra el invasor, diferente a él en modalidades tantas y tan diversas—de las cuales, no obstante, había de heredar algunas caliosas—, que hiriendo el espíritu de su suelo y de sus hombres en los hermosos tesoros literarios que en el transcurso del tiempo en su seno se crearon; todo en Castilla es simbólico de fe y religiosidad, de patriotismo y civilización, de franca devoción a la hidalguía y la nobleza. Escuchar, pronunciar el nombre de Castilla debe ser para nosotros como oír Reconquista, Renacimiento, Descubrimiento de América, porque Castilla es epopeya, epopeya es romancero, y el mejor romancero, el nunca asaz ponderado «Quijote», allá de lo cual no hay más.

Por eso porque Castilla es epopeya y vemos continuar con sus actos del heroísmo, con su incalculable y jamás desmentido poder latente en el agro y en los hombres, seguimos creyendo grande a esta parte del suelo nacional. Antes era el genio sublime, de capacidad cerebral enorme, digno de parangonarlo con los más conspicuos de todos los países, el que elevaba en alas de la gloria la nación y la raza; el caudillo esforzado, el noble guerrero, el invicto paladín, el que conquistaba lauros para la pa-

tria con las hazañas de su brazo próspero. Hoy los héroes castellanos son muchos, no menos valiosos y entusiastas, que combaten por elevar el decaído espíritu nacional, encaminándolo en derechura del progreso que marcan los tiempos modernos; igual que el labriego humilde que también en su medida lucha denodadamente, dando, también, vida y carácter a Castilla; y no contra el invasor, ni pe'ea por la religión, sino que combate por el pan y trabaja por el denario con que subvenir a la subsistencia, para la que desde tiempo bíblico se le impuso el trabajo, el más noble de los deberes. Y ved con ello a esa Castilla, que guarda todo el encanto majestuoso y toda la arrobadora poesía de lo pretérito, hoy como ayer. Pensemos en su riqueza incalculable, que nos pone de manifiesto su suelo ubérrimo, y en la insuperable historia de sus gentes, en el recuerdo incomparable de su tradición y en el venturoso porvenir que le auguramos. Ello hará que nos destaquemos nuestras frentes, que nuestra boca murmure frases místicas de amor y entone estrofas dulces de entusiasmo con que cantar lo que sentimos por Castilla ¡Castilla! ¡Solar do nacieron los conquistadores que asombraron al mundo con sus hazañas épicas en defensa de patria, raza y civilización! ¡Castilla! ¡Bendita tú eres, que fuiste codiciada, en interrumpida serie de invasiones, por fenicios y griegos, cartagineses y romanos, godos y árabes; que diste al mundo y a la vida un Cervantes, un Lope y un Quevedo—triade insuperable del genio—; que sostuviese durante ocho siglos pelea inaudita en defensa de tu integridad, y, con ella, de los principios de la moral y la cultura; que conservas en tu nombre el del idioma que creaste, el más armonioso y bello que articularon los hombres, pasmo y envidia de extraños, orgullo de raza y vanagloria del saber! Tu destino se ve brillante, tu gran obra en la tierra fué y será gigantesca, y como realizaste ya inmensa labor, te toca recibir en un propincuo mañana—el día de la verdadera *edad de oro*, el futuro, en que impere en absoluto en la tierra el amor y la fraternidad humanas como imperativos de conducta, con abandono de todo atávico reflejo de material interés, escollo hasta hoy de la paz y la armonía universal—a los hombres, todos, del planeta, amantes del saber y la bondad devotos de lo bueno y de lo bello, que vengán al tabernáculo glorioso en que el *Príncipe de los Ingenieros* troqueló su obra nunca bastante ponderada, convertido, a la sa-

zón, para ellos en el *ara* de su devoción inmarcesible, a rendir, con los labios trémulos por la emoción y las piernas frágiles del entusiasmo, el homenaje mundial ante tu grandeza, que, a no contar con más timbres de gloria que el de haber producido nuestro *poema de la raza*, asaz fuera para proclamarla la primera.

¡Salve, Castilla, la de los extensos campos de ondulantes mieses, la de los dilatados horizontes y el suelo, ya seco, ora frágil; la de las paramías inacabables, en las que se asientan viñedos inmensos que en ella constituyen ideal simbolización! Yo quisiera tener la inspiración del consagrado para poder dar forma, en hermoso canto, a la admiración que mi pecho siente por tu historia, por tu riqueza, por tu paisaje. Y mi poema sería lo dulce que marca tu hermoso suelo, lo poético de tu sol, fulgurante sobre el cobalto de tu *azul*, lo legendario de tus hombres de ayer y de hoy, héroes siempre redivivos, lo entusiasta y consolador de tus glorias y tu destino en la tierra. ¡Oh Castilla! Por eso no haré otra cosa que repetir el dístico del insigne poeta español con quien la rima alcanzó su mayor elevación, cuando reclamaba el poder divino para sus versos:

«Si a mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal
.....
cantara y no tuvieran mis cánticos igual.»

Sólo sé decir que desde el Cantábrico a la antigua Bética, como desde las fronteras de Portugal hasta Aragón y Valencia, en cuyos límites—más naturales que geográficos—se extiende el recinto de tu suelo, no hay un rincón que no marque alguna cualidad preciada de tu tierra augusta, o algún hecho notable de los hombres que la habitaron. Y sus triunfos y sus glorias encarnaron los de todo el país y la raza entera, que en el núcleo histórico de Castilla comenzó a formarse, para irse acrecentando prodigiosamente, cual providencial designio, en entrambos continentes, venciendo siempre, a la mágica sombra de la espada del Cid y de la péñola de Cervantes.

No sé más que ponderar, Castilla, la excelcitud de tus tierras del Norte, allá por donde Duero, azul y tranquilo, al discurrir deja el incalculable caudal de su preciada linfa, en la dilatada y llana faja de su cuenca, que llega a Portugal. La riqueza grande de tu tierra de Campos, allá por donde se asientan las provincias de Palencia, Valladolid y Burgos, copiosas en granos de todas las especies, que atraviesa en parte, y

fecundiza, la gran cinta azul del canal de Castilla. La hermosura de los valles salmantinos y los otros zamoranos que insuperablemente cantara el dulcísimo bardo autor de *El amo*. La majestuosidad de las cordilleras que te atraviesan, Castilla, cual armazón óseo de gigante mitológico, realización de designios providenciales. Por allá sé de la continuidad de tu Guadarrama granítico, y tu Gredos elevado y forestal, y tu Moncayo nevado, y tus serranías conquense y soriana, pobladas de coníferas.

Sólo sé tender la vista por la parte meridional del suelo castellano, por esta región nunca bastante comprendida de la Mancha, que conserva en su esencia el secreto de la *ideación*, para contemplar en la misma el campo que recorriera la hidalga figura del *más ilustré de los caballeros andantes*, para marcar con su historia el triunfo del ideal humano y abstracto. ¡Oh, tú, Mancha, que con tu Guadiana y tu Tajo posees incalculables tesoros de energía que harán quitarte algún día tu proverbial aridez! Mancha que tiene en su suelo poder latente, como la región castellana que más, para producir los dorados granos de sus abundantes trigales, y que hoy vése festoneada, en muchos inmensos, por las cepas de lobulada hoja que proporcionan una rápida e incalculable riqueza productiva con el preciado fruto de sus almiaradas uvas.

Y así como de la región norteña de Castilla, o sea la Vieja, y la meridional Nueva o Mancha, sé de la Alcarria, la de los declives suaves y la riqueza que los solícitos insectos de las abejas le dan con su producción del delicado néctar, émulo del que criara Himeto, y que es libado de las hermosas y aromáticas plantas que allí se dan. Y también la selva de Cuenca, inmensa un día, que atraviesa el manso Júcar, con sus millones de hermosos y seculares pinos, que hoy amenguan considerablemente, merced a la irreflexiva sed de lucro. Igual sé, Castilla, de todos los demás sitios de tu suelo, hallando en ellas, siempre, motivos de evocación pretérita y afecto presente.

¡Qué no decir de las ciudades castellanas! Toledo, la monumental, la museo de Arte y pinacoteca de la belleza, la de la catedral de suntuosa aguja, ornada de filigranas y tesoros; la primitiva gran capital de la Monarquía, allá por cuando dado buen paso en la reconquista, se echaban la base de nuestro poderío; la ciudad que con Garcilaso nos daba el oro del verso para la idea, y con sus espadas el acero de la defensa para la patria. Angel DOTOR.